

# **"Las diferentes caras de la competitividad visto desde el caso mexicano"<sup>1</sup>**

Autor: Brandon Ramírez González

Correo: [brandonramirez92@gmail.com](mailto:brandonramirez92@gmail.com)

Institución: Universidad Nacional Autónoma de México

Mesa: Cultura política y Democracia

Monterrey, 6 al 9 de noviembre 2018

## **Introducción**

La competitividad electoral es un elemento fundamental para las democracias modernas. Durante gran parte del siglo XX, en México se llevaban a cabo elecciones periódicas para elegir a nuestros gobernantes. Sin embargo, en los hechos no existía una competencia real. La elección presidencial de 1976 fue sintomática de esta realidad, ya que el candidato del Partido Revolucionario Institucional, José López Portillo, se presentó como la única opción en las boletas, sin que existiera ningún candidato de oposición.

Las reformas electorales que comenzaron en el último lustro de la década de los años 70 marcaron cada vez una mayor liberalización del sistema de partidos, intentando cambiar poco a poco esta realidad, logrando en 1988 un proceso electoral atípico para la época, generando la sensación de que un partido de oposición podría ganar la Presidencia. Aunque los resultados señalaron lo contrario, desatando acusaciones e incredulidad en la autoridad electoral, que en aquella época se encontraba bajo el control del Gobierno.

Pero no solamente en la elección del Ejecutivo Federal se percibió este cambio ya que, para la elección de diputados federales, la oposición logró ganar una parte mayor de curules que en procesos anteriores.

---

<sup>1</sup> El presente trabajo está basado en el primer capítulo de la tesis en elaboración por el autor: "Competitividad en elecciones de Diputados Federales en México 1991-2015", estudiante de la Maestría en Estudios Políticos y Sociales, en la Universidad Nacional Autónoma de México [UNAM], y apoyado con una beca del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología de México [CONACyT]. Agradezco al proyecto PAPIIT IN306217 "Historias político electorales a nivel subnacional en México, 1988-2018. Historias regionales de los realineamientos del voto estatal en algunas entidades mexicanas" el apoyo para la participación en el Congreso.

La elección de 1991 volvió a mostrar un nivel de competitividad parecido al de 1985, aunque con una tendencia de aumento de esta, tendencia que sería ratificada en 1994 y en 1997, cuando por primera vez el Partido Revolucionario Institucional perdió su mayoría absoluta en la Cámara de Diputados del Congreso Federal.

El año 2000 supuso uno de los mayores cambios políticos recientes, siendo este el proceso electoral en que se logró la alternancia de partidos en la Presidencia del país. A partir de entonces, se da por hecho que tenemos elecciones competitivas, en que la incertidumbre en los resultados está presente, hay un mayor número de contendientes reales (y no sólo un partido hegemónico) y cada vez un mayor cambio en cuanto al partido que gana los comicios en los 300 distritos electorales federales del país.

Las investigaciones realizadas sobre competitividad electoral en la última década del siglo XX mostraban en efecto una tendencia al alza a nivel nacional desde las elecciones para Diputados Federales de 1994, gracias a la aplicación de distintos indicadores, como el margen de victoria, el número de distritos ganados por la oposición y el indicador compuesto de competitividad.

Las alternancias en los poderes ejecutivos a nivel local y federal, así como la mayor presencia de oposición en los congresos en ambos niveles, corroboraron que los procesos electorales del país pasaron de ser solamente un acto de legitimación política a un ejercicio democrático competitivo, en que la incertidumbre por el resultado se encuentra presente y la posibilidad de que cambie el partido ganador de un proceso a otro en un mismo distrito electoral (por lo menos un buen número de ellos) es una realidad.

Uno de los elementos más importantes para el modelo de democracia liberal, entonces, son los procesos electorales competitivos, donde todos los candidatos tengan la posibilidad de acceder a los cargos públicos, siendo esta una condición necesaria para culminar los procesos de transición y consolidación democrática. Sin embargo, no todos los tipos de estas son consideradas democráticas. En algunos casos, regímenes autoritarios las han utilizado como mecanismos de legitimación, pero no dejaban de ser un ejercicio inocuo en el que el resultado podía saberse de antemano. De ahí que en las últimas décadas se haya optado por llamar elecciones democráticas a aquellas que, entre otras cualidades, sean competitivas,

Existe un consenso amplio de una definición mínima de competitividad, que tiene que ver con un componente institucional donde se permitan las candidaturas de oposición en las boletas, así como que estas tengan posibilidades fácticas de ser electos y, por otro lado, en términos de resultados electorales, centrado principalmente en el margen de victoria, como referente más utilizado para su medición, es decir, la distancia en número de votos o proporciones de los mismos entre el primer y segundo lugar de una elección.

Lo anterior es realmente útil para reflejar el nivel de competitividad en los sistemas bipartidistas, especialmente aquellos con distritos de mayoría simple. Sin embargo, en los sistemas en donde la competencia se da entre tres o más partidos, y donde se incluye la representación proporcional, puede ocasionar percepciones equivocadas sobre la intensidad de esta.

Por ello, se plantea una exposición de propuestas de indicadores e índices alternativos o complementarios al margen de victoria, realizadas por distintos investigadores y se reflexiona sobre: sus alcances, bondades, omisiones, pertinencia y límites, que podrían ser utilizados para un estudio con mayor profundidad de la competitividad electoral, reflexionando sobre cuáles pueden ser de mejor aplicación para el caso mexicano, considerando el reciente procesos electoral y sus impactos en el sistema de partidos.

## **1. Democracia y competitividad**

Sería importante comenzar esta exposición con un desarrollo del por qué la competitividad electoral es un tema que no debe dejarse de lado en los estudios sobre sistemas electorales y de partidos, demostrando la importancia que tiene para la idea misma de democracia.

La democracia, como concepto, ha sido planteada de diversas formas desde su origen hasta nuestros días. Giovanni Sartori propone tener en cuenta dos dimensiones cuando se trata de definirla:

*Se recordará que la teoría de la democracia se funda, conjuntamente, sobre definiciones prescriptivas y definiciones descriptivas [...] ambas definiciones pueden compararse una con otra, y tienden, en alguna forma a trasvasarse. Si su comparación muestra poca conformidad y poca movilidad, entonces diremos: este sistema es poco o malamente democrático. En cambio, si encontramos suficientes*

*semejanzas entre el ideal y lo real, entre prescripción y hechos, entonces diremos: esta es una democracia. Las democracias se declaran como tales al comprar entre ellas la teoría y la práctica y en razón de cuánto los hechos se apegan a las prescripciones (Sartori, 1997: 253).*

El propio Sartori señala algunas de las condiciones prescriptivas mínimas que un régimen debe tener para ser considerado democrático, como son: capacidad de elegir a los gobernantes, tener opciones electorales y expresar disenso (Sartori, 1997: 254). Siguiendo esta línea, desde la segunda mitad del siglo XX, y principios del siglo XXI, en especial al término de la guerra fría, y la propagación del modelo democrático liberal, existe un aparente consenso desde los teóricos de esta en señalar algunas condiciones mínimas para que un régimen pueda ser considerado de esta forma, como sugiere Octavio Jiménez Sánchez, siguiendo a Robert Dahl, Anthony Downs, Scott Mainwaring y Dieter Nohlen:

*a) elecciones periódicas, libres, abiertas, competitivas e imparciales, que reflejen la voluntad popular respecto a quien o quienes deben gobernar; b) existencia de dos o más partidos políticos (diversidad de opciones programáticas e ideológicas en el mercado político); c) tolerancia a la oposición; d) alternancia en el poder; e) instituciones que vigilen y garanticen la imparcialidad y legalidad del proceso electoral y sus resultados, así como de instituciones que velen para que la política de gobierno dependa de los votos y demás formas de expresar las preferencias; y f) garantías de libertades civiles tradicionales como la libertad de discurso y libertad de prensa (libertades de expresión), libertad de asociación y organización, libertad para votar y ser votado, derecho a la información, derecho de proceso de ley, entre otra (Jiménez, 2004: 13)*

Normativamente las democracias para ser consideradas como tales deben dotar a los ciudadanos de la capacidad de elegir, entre más de una opción, a sus gobernantes a través de elecciones libres, donde la oposición sea tolerada, y tenga capacidad fáctica de producir alternancias, dentro de un marco institucional que dé certidumbre de esto y que garantice libertades civiles. No basta con que más de un nombre aparezca en las boletas, la competencia electoral debe tener ciertas características. Para la teoría democrática liberal, entonces, uno de los elementos fundamentales de la misma son las elecciones competitivas, siendo un

tópico recurrente en los estudios sobre la consolidación y transición desde regímenes autoritarios o, en general, no democráticos (Méndez, 2003: 27).

El énfasis en la competitividad de las elecciones, y no en estas en sí mismas como parte fundamental de los regímenes democráticos, fue ganando consenso al reconocer que, aun en algunos regímenes que podrían categorizarse como autoritarios, se llevaban a cabo votaciones de forma periódica para legitimar a las élites en el poder, aunque básicamente eran un ejercicio inocuo, en el que no existía una oposición real, o bien, a esta le era imposible contar con un triunfo reconocido legalmente, ya que los órganos encargados de validar los comicios eran controlados por el grupo gobernante y, de ser necesario, podían manipular los resultados.

Como señala Giovanni Sartori en su obra *Partidos y sistemas de partidos: marco para un análisis*: “La competencia termina, y la no competencia comienza, cuando quiera que los adversarios y los oponentes se les priva de la igualdad de derechos, se les ponen impedimentos, se les amenaza, se les aterroriza o incluso se les sanciona por atreverse a decir lo que piensan” (Sartori, 1976: 217)

Entonces ¿qué entendemos por competitividad y por competencia? Quizá la definición más recurrente en los estudios sobre el tema es la del propio Sartori:

*La competencia, según este autor, son básicamente las reglas escritas y no escritas del juego electoral. La competitividad, por el contrario, consiste en el estado real del juego en un momento determinado [...] Así, puede suceder que un sistema de partidos cuente con reglas de competencia equitativas, pero que una elección determinada sea no competitiva. La competencia y la competitividad, aparecen así como conceptos que poniendo énfasis en diversos procesos políticos, nos permiten someter analíticamente a los sistemas de partidos (Valdés, 1995: 29-30).*

Es decir, la competencia electoral puede ser o no competitiva. Lo que distingue a un tipo de procesos electoral competitivo de uno no competitivo, son tres criterios principales: 1) cuando los partidos principales se aproximan a una distribución casi-nivelada de fuerza electoral; 2) cuando dos o más partidos obtienen resultados cercanos y ganan con ligero

margen y 3) por la frecuencia con la cual los partidos alternan en el poder (Valdés, 1995: 218-219).

Como podemos apreciar, la competitividad debe ser más bien sistemática que esporádica. Los parámetros que Sartori propone para operacionalizar la misma, vislumbran que aquel estado del juego electoral, que pueda ser considerado competitivo, debe contar con una distribución de fuerza electoral más o menos nivelada, con un margen de victoria más bien estrecho, y con alternancias en los puestos, para evitar incluir aquí a regímenes con partidos hegemónicos o únicos.

En suma, la competitividad en un sistema electoral es una condición necesaria, aunque no suficiente, para posibilitar el cambio de partido en el gobierno. El margen de victoria estrecho supone una brecha superable por la oposición, si bien es cierto que esporádicamente pueden darse resultados que, por cuestiones de coyuntura resulten aplastantes (con un margen de victoria amplio), la constante debe ser más bien la incertidumbre y victorias por un porcentaje pequeño de diferencia; así mismo, que las oposiciones en los distintos tipos de elección logren alternancias, manifiestan la factibilidad de cambiar al partido en el gobierno, no sólo como discurso sino como algo posible institucional y electoralmente, de ahí la importancia de considerar la competitividad como un rasgo sistémico y medido longitudinalmente, y no en casos o elecciones específicas.

Propuestas y definiciones más recientes, aluden al mismo fenómeno desde perspectivas un poco diferentes. Por ejemplo, Irma Méndez de Hoyos señala:

*[...]la noción de competencia electoral se refiere a dos elementos. Por un lado, las reglas electorales, que comprenden las normas, las instituciones y las prácticas que definen la estructura del proceso electoral; en el caso de México, esto está comprendido en las leyes electorales. Por otro lado, la existencia de opciones ofrecidas al electorado, es decir, la presencia de dos o más partidos efectivos en las elecciones. La competitividad electoral no se refiere a si las elecciones están disputadas o no, sino a cuán reñidas son. Este concepto alude ante todo a la distribución de la fuerza electoral entre los partidos en función de los resultados electorales (Méndez, 2004: 47-48)*

Tenemos también el caso de Miguel Ángel Sánchez Ramos quien, en su artículo sobre *Niveles de competitividad electoral, el caso de los estados de México y Morelos*, define la competitividad como:

*[...] el grado de organización que manifiestan las fuerzas políticas al disputarse el poder político en una contienda electoral, basadas en un equilibrio de oportunidades, instituciones y reglas justas que promuevan y sostengan la incertidumbre del resultado anterior al final de la competencia. Así, hay alta competitividad cuando la organización de los partidos es de tal nivel que existe incertidumbre sobre los resultados y éstos al final guardan poco margen de victoria. La competitividad mediana encierra poca certidumbre y poco margen de victoria en el triunfo. Es baja o nula la competitividad electoral cuando hay poca incertidumbre (Sánchez, 2006: 64)*

En este caso, al mismo tiempo que se da un peso importante a la parte institucional, que permita la participación de partidos de oposición y normas equitativas entre los participantes, como Sartori sugería en su definición de competencia, en cierta forma, se le está dando un peso a la sensación de incertidumbre previa a la jornada electoral, posiblemente alimentada por las encuestas o sondeos de opinión, algo difícil de operacionalizar, si bien se sugiere, nuevamente igual que Sartori, recurrir al resultado de las elecciones y medir el margen de victoria como referencia empírica de la competitividad.

Hay otros trabajos que ponen su atención precisamente en el problema que supone el medir la competitividad como una sensación previa y de difícil medición más allá de encuestas y sondeos, como el artículo *Measures of Electoral Competition* de William H. Flanigan y Nancy H. Zingle, donde apuntan:

*The essence of the notion of competition, we will say, is the likelihood that someone other than the winner might have won, or alternatively, the extent to which each of two or more candidates has an equal chance of winning. We doubt there will be much quarrel that this is an appropriate definition of competitiveness; the problem is in establishing what the likelihood or chance of winning of a competitor might be (Flanigan, 1974: 32)*

Su propuesta para solventar este problema radica en una medición basada en la base de apoyo de cada partido, y el porcentaje de electorado necesario para alcanzar la victoria, por un lado, y la volatilidad esperada en el proceso electoral basado en las elecciones previas, por el otro. Esto supondría saber el número de votantes que podrían cambiar el partido al que apoyarían con su voto, y prever si, sumándolos a su base de apoyo, podrían ganar la elección.

Como se puede apreciar, existe un consenso amplio de una definición mínima de competitividad, que tiene que ver con un componente institucional que permita las opciones de oposición (sean estas partidos políticos o candidatos sin partidos) y, por otro lado, en términos de resultados electorales, centrados principalmente en el margen de victoria, como referente más utilizado para su medición.

## **2. Aproximaciones al fenómeno de la competitividad electoral**

El fenómeno de la competitividad electoral ha sido abordado por distintas perspectivas, que de forma general agrupo en tres categorías: a) propiamente como un asunto de medición a partir de las estadísticas electorales, b) analizando las condiciones que la promueven o inhiben y, c) analizando los impactos en términos políticos y sociales que genera el aumento o disminución de esta.

Es pertinente describir algunos trabajos representativos de cada una de estas perspectivas, señalando las dimensiones e indicadores que se consideran relevantes en cada caso, acompañando una reflexión sobre su utilidad en los distintos sistemas electorales y de partidos en nuestra región y el mundo.

### ***2.1 La competitividad como un problema de medición***

Hablando de las mediciones a partir de los resultados electorales, el margen de victoria es el parámetro más intuitivo y recurrido para medir la competitividad en las elecciones. Si pensamos en un indicador que refleje lo cerrada que fue una competencia, nada más simple que comparar la distancia entre el primer y segundo lugar de la misma. Sin embargo, el diseño del sistema electoral y sistema político de cada país, hace que esta medida sea más o menos efectiva para reflejar el grado de competitividad electoral.



Si consideramos un sistema bipartidista, donde sólo se puede optar entre dos opciones en una boleta, quizá el margen de victoria pueda reflejar en buena medida la competitividad prevaleciente en los procesos electorales. Al final, la brecha entre ambos mostrará claramente si el resultado fue cerrado, y el perdedor podía aspirar a ganar en algún momento, o bien, si la diferencia es tan mayúscula que pone de manifiesto la falta de competitividad.

Sin embargo, en un sistema multipartidista, esto no podría ser tan intuitivo o útil. En el caso de un sistema con cuatro partidos, donde hipotéticamente haya un apoyo del 40% para el ganador y resultados cercanos al 20% para las opciones restantes, el margen de victoria sería elevado, alrededor del 20%, lo que pintaría el cuadro de una elección no competitiva; sin embargo, si sólo tuviéramos esa referencia y no el resultado del tercer y cuarto partido, haríamos una lectura equivocada. La suma de estos equivaldría al 40%, el mismo volumen que el del ganador, y estarían empatados junto con el segundo lugar en el apoyo ciudadano.

Como se puede apreciar, utilizar únicamente el margen de victoria tiene sus limitaciones en sistemas multipartidistas, ya que dejan fuera de la medición de la competitividad a todos los contendientes fuera el primer y segundo lugar, que en suma podrían tener más apoyo electoral que estos mismos. El hecho de si se debe considerar sólo a la oposición mayoritaria (el segundo lugar), obviando a las demás, o si debe buscarse alternativas de medición que engloben a todas estas, ha suscitado métodos diferentes de medición de la competitividad, que se abordaran más adelante.

Otro factor que puede incidir en la medición es el diseño del sistema electoral. En los sistemas con distritos de mayoría relativa, o en las elecciones donde sólo hay un ganador como los comicios presidenciales, también es más fácil recurrir a este mecanismo (la medición del margen de victoria) en primera instancia, ya que siempre habrá un ganador y uno o varios perdedores, y la distancia entre aquel y estos, puede dar muestra de lo cerrado de una elección.

Sin embargo, en aquellos diseños electorales donde no existen distritos de mayoría relativa, como los de representación proporcional (o incluso en los mixtos, donde se recurre a ambos), la competitividad no puede medirse estrictamente en los mismos términos, aunque hay adaptaciones como la propuesta de André Blais, quien puntualiza al respecto:

*Competitiveness, which refers to the uncertainty of the outcome, must be measured differently in a PR system because there are many seats, and thus many races involved, and because what is required to win a seat is not to get more votes than the other parties but to obtain a certain quota. What is needed, therefore, is a measure of competitiveness that makes sense in both in PR and SMP systems. We propose the following measure: the minimal number of additional votes required, under the existing rules, for any party to win one additional seat (Blais, 2008: 96)*

Es decir, cambia un poco la óptica desde la que consideramos el margen de la victoria: en lugar de considerar la distancia entre el partido ganador y el segundo lugar para medir cuan amplia o reducida fue la victoria, lo que se considera es el número (o porcentaje) de votos que necesitaba el segundo lugar para ganar, y lograr ganar en dicho distrito. La ventaja de esta visión es que puede aplicarse tanto al sistema de mayoría relativa como a los de representación proporcional, como el propio André Blais señala. En los sistemas de representación proporcional, se calcularía el número de votos requerido por cada partido para lograr un representante más en el Congreso o Parlamento, según las reglas de distribución vigentes en cada país, y el menor de ellos sería el equivalente al margen de victoria, pues es la proporción de votantes requeridos para trastocar el reparto hecho tras el recuento de votos.

Una propuesta alterna a la medición de la competitividad, para buscar solventar otra de las limitaciones de sólo utilizar el margen de victoria (el de no considerar el peso de los partidos que quedan fuera del primer y segundo lugar), es el de Irma Méndez de Hoyos, en su artículo *La transición mexicana a la democracia 1977-1988*, cuando explica su método de medición:

*La competitividad electoral no se refiere a si las elecciones están disputadas o no, sino a cuán reñidas son. Este concepto alude ante todo a la distribución de la fuerza electoral entre los partidos en función de los resultados electorales. Para medir la competitividad electoral se utilizó un indicador ampliamente conocido y usado, el margen de victoria, y se crearon dos más: el índice de fuerza de la oposición y la diferencia entre el número de victorias por partido. Como estos tres indicadores son complementarios e incorporan las dimensiones más importantes de la competitividad, se combinaron en una sola medida: el indicador compuesto de competitividad (IC). Éste ofrece una idea integral, por lo que se*

*utilizó como indicador único para analizar la variación de la competitividad electoral en elecciones federales de diputados de mayoría (Méndez, 2004: 48)*

Nuevamente, recurre al margen de victoria como una primera forma de medir lo competitiva que resulta una elección, aunque en este caso añade un índice de fuerza de oposición, que: *“A diferencia del indicador anterior, que observa solamente los dos primeros partidos, el Índice de Fuerza de la Oposición (FO) percibe el sistema de partidos en su conjunto. FO considera todos los partidos nominales sin importar su tamaño y revela si el esfuerzo común de los partidos de oposición hace alguna diferencia cuando se enfrentan”*(Méndez, 2004: 53)

En un sentido similar, Leonardo Valdés Zurita considera en su artículo *El sistema de partidos en México: las dimensiones de la competitividad electoral*, el margen de victoria, lo que denomina el indicador de potencia opositora, el número efectivo de partidos (a partir del índice de Molinar) y los triunfos distritales de cada partido (Valdés, 1995), cruzando para su análisis en algunos casos dos de estas variables, aunque sin generar un indicador integral que reúna a la totalidad de estas.

Tenemos también el trabajo de Juan Reyes del Campillo, quien considera la competitividad como una de las dimensiones a abordar dentro de su artículo *Nacionalización del sistema partidario mexicano*, y que define:

*La competitividad electoral es una dimensión del sistema partidario que da cuenta de la intensidad de la disputa entre las fuerzas políticas. La fórmula que utilizamos es  $1 - (\sum P_i + mv \cdot .5)$ , en donde “ $P_i$ ” es el porcentaje del partido ganador y  $mv$  el margen de victoria. Lo anterior significa que sumamos el porcentaje del partido ganador y el margen de victoria, después lo dividimos entre dos (por ser dos los valores que sumamos) y el resultado lo sustraemos de uno* (Reyes, 2013: 44)

Otros trabajos toman en cuenta solamente una relación entre el margen de victoria y el número efectivo de partidos (utilizando la fórmula de Molinar), calculando proporciones entre ambas para categorizar una elección como de alta, mediana, baja o nula competitividad (Sánchez, 2007). Algunos más consideran un mayor número de indicadores, además de estos

dos, como son: razones de ventajas entre partidos, y el índice de fragmentación de Rae (De la Peña, 2005)

Pensando en el caso mexicano, resulta evidente que la propuesta de Irma Méndez de Hoyos, al haber sido construida pensando exactamente para la especificidad de nuestro país, podría considerarse el de mejor aplicación (el trabajo de Valdés que le precede tiene prácticamente los mismos datos, aunque desagregados). Sin embargo, la propuesta de Blais para incorporar la medición de los diputados de representación proporcional no es incompatible con dicho modelo, y puede complementar el panorama electoral del nivel legislativo (40% de los miembros de la cámara baja se eligen a través de este mecanismo), mostrando los matices que se presentan entre los distintos tipos de elección en nuestro sistema mixto.

## ***2.2 Condiciones que promueven o inhiben la competitividad***

Ahora bien, otra de las perspectivas, la que se enfoca en las condiciones que promueven o inhiben la competitividad, han hecho otro tipo de aportaciones sobre el estudio del fenómeno. Un ejemplo es el trabajo de Susan D. Hyde, Nikolay Marinov y Vera Troeger, quienes enfocan su análisis en aspectos más bien institucionales. A propósito de la competencia electoral señalan: *“Our measure of electoral competition is based on three criteria: whether opposition is allowed, multiple parties are legal, and more than one candidate competes”* (Hyde, 2012: 192), y siguiendo a Sartori, puntualizan con respecto a la competitividad: *“[...] the institution of contested elections can be thought of as a structure of the game and the electoral outcome as the realization of a random variable. Where the realization is at least in some doubt, competitiveness can exist. Where the outcome is certain, the structure prohibits competition and elections cannot be competitive”* (Hyde, 2012: 194). Es decir, consideran como factores determinantes la posibilidad de constituir partidos de oposición, de que existan múltiples partidos reconocidos por la ley y donde más de un candidato se presente en las boletas ya que, sin estas condiciones mínimas, sólo estaremos ante un escenario electoral con competencia formal, aunque sin competitividad, ya que el resultado se sabría de antemano, siendo las elecciones un ejercicio de legitimación para el partido o grupo en el poder.

Entre otros tipos de trabajos sobre los factores que pueden incidir en la competitividad electoral, tenemos el de Kermit Daniel y John R. Lott Jr., quien en su artículo *Term Limits*

*and Electoral Competitiveness: evidence from California's State Legislative Races*, se plantean el encontrar la influencia que el periodo de duración de un político en su puesto, en este caso legisladores, tiene tanto en el gasto de campañas, el número de candidatos para el puesto, lo cerrado del resultado electoral (en términos del margen de victoria) y la presencia o no de oposición, siendo estas tres últimas, dimensiones asociadas al fenómeno propio de la competitividad (Kermit, 1997).

En dicho artículo, por cierto, encuentran en efecto una relación entre la disminución del periodo que un diputado podía mantenerse en puesto [tres periodos de dos años] y una reducción en el gasto de campañas, aumento en el número de candidatos para cada puesto y elecciones más competitivas, para el estado de California durante su periodo de estudio.

Otro ejemplo de trabajos de este estilo es el de Richard Forgette, Andrew Garner y John Winkle, *¿Do redistricting Principles and Practices Affect U.S. State Legislative Electoral Competition?* (Forgette, 2009), que se centra en como los dos ciclos de redistribución más recientes en Estados Unidos ha afectado la competitividad electoral -si bien no consiguen resultados concluyentes-, poniendo énfasis en la necesidad de que dichos diseños electorales sean llevados a cabo por criterios demográficos y sobre los intereses de las comunidades, independientes a los específicos de los partidos, evitando que las líneas que limitan un distrito con otro sean trazadas para favorecer a un partido o a otro.

Otro tipo de trabajos, ponen el foco de atención en el factor ideológico de las elecciones y su efecto en la competitividad y participación (Koch, 1998) contrastando el papel que tiene tanto el desempeño del funcionario en la votación de su partido y la oposición, la cobertura mediática que reciben o la predisposición de un candidato a mostrarse más o menos cerca del centro ideológico según el grado de incertidumbre o competitividad prevaleciente en su distrito.

Un último ejemplo de esta perspectiva lo podemos encontrar en los trabajos que encuentran en las alianzas de la oposición un factor determinante para aumentar la competitividad electoral. Tenemos el caso del artículo *Aprendiendo a competir: alianzas electorales y margen de victoria en los estados mexicanos, 1988-2006*, de Diego Reynoso, quien apunta:

*[...]la formación de alianzas electorales entre los partidos tiene diferentes consecuencias inmediatas: reduce el número de candidaturas y produce resultados muy ajustados en términos del margen de victoria entre el ganador y su inmediato contrincante. El resultado general de este proceso es la persistencia de un sistema multipartidista moderado con un número de candidaturas competitivas aún menor. La relación entre la formación de alianzas electorales y la competitividad electoral resulta así evidente, aunque, de manera paradójica, haya quedado parcialmente descuidada en la literatura especializada (Reynoso, 2011: 27)*

Para el caso de México, es interesante considerar los efectos que las distintas reformas políticas y electorales han tenido, por ejemplo: si las redistribuciones dadas en 1996 y 2005 afectaron significativamente la competitividad, así como en futuros trabajos medir las variaciones producto de la posibilidad de la reelección legislativa para periodos consecutivos a partir de 2018. En cuanto al tema de las alianzas, es interesante buscar si existe una relación estadísticamente significativa entre la presencia de éstas y el número efectivo de partidos, así como con los demás indicadores.

### ***2.3 Efectos de la competitividad en los sistemas políticos***

La perspectiva que se centra en las consecuencias de la mayor o menor competitividad electoral en términos políticos y sociales naturalmente centra sus estudios en otro tipo de variables. Por ejemplo, John D. Griffin en su artículo *Electoral Competition and Democratic Responsiveness: a Defense of the Marginality Hypothesis* ” (Griffin, 2006), demuestra como el aumento en la competitividad a nivel distrital conlleva un incremento en lo que podríamos categorizar como rendición de cuentas de los representantes, viéndose obligado a prestar más atención a las demandas de sus representados, ya que su oposición en las boletas se encuentra a un corto margen de arrebatarse el triunfo en una posible reelección, de tener un mal desempeño, razón por la que: *“From the perspective of citizens’ political equality, individuals who reside in less competitive districts are, on average, not represented as well as citizens who reside in more competitive districts, contrary to what they may believe”* (Griffin, 2006: 917)

Otro efecto demostrado de la competitividad, en este caso de niveles bajos de la misma, es que, si los partidos deben elegir entre postular a una mujer en un distrito competitivo, en el que pueden perder, a uno sin competitividad, donde tienen el triunfo casi seguro, optaran más probablemente por hacerlo en el primero, siendo utilizadas en mayor proporción como chivos expiatorios; caso contrario cuando se habla de un distrito con alta competitividad donde se puede ganar, optando más probablemente a postular un hombre, y en los distritos sin competitividad, donde se tiene la derrota segura, nuevamente se preferirá en mayor proporción optar por una candidata (Thomas, 2012). El aumento de candidaturas de mujeres en los procesos electorales es cada vez más notable; sin embargo, la existencia de distritos con distintos niveles de competitividad las mantiene en mayor medida en condiciones de difícil acceso a los puestos de elección popular frente a los hombres, por un tema de género.

Un ejemplo más de efectos de niveles de competitividad baja es el expuesto por Milan W. Svolik, quien a través de lo que denomina la *trampa de expectativas pesimistas* (“*trap of pessimistic expectations*”), encuentra un círculo vicioso en las democracias nuevas, en procesos de transición o consolidación, ya que, durante los primeros procesos electorales de estas, es más fácil que candidatos poco cualificados lleguen a las boletas y resulten electos, ya que los ciudadanos no tienen como contrastar las carreras de estos, y hacen una especie de apuesta ciega por ellos. Este tipo de facilidad de acceder al puesto puede posibilitar que funcionarios que vean su acceso al poder como una oportunidad única en la vida para enriquecerse (lo que Milan Svolik denomina “malos candidatos”), la aprovechen en esos términos, sin importarle la rendición de cuentas con sus electores. Esto genera un descontento ciudadano con el modelo democrático en su conjunto, mostrando desinterés y permitiendo a estos funcionarios acceder nuevamente al mismo con relativa facilidad. Sin embargo, con el paso de los procesos electorales, habrá otro tipo de candidatos que harán un buen trabajo en término de rendición de cuentas, y pueden generar una reputación favorable hacia ellos que eleve la competitividad electoral en los distritos, reduciendo las posibilidades de los malos candidatos de acceder nuevamente a un puesto, lo que puede hacer que estos declinen en su idea mantener una carrera política, reduciendo su número (Svolik, 2013).

En suma, la competitividad puede afectar de manera positiva o negativa la rendición de cuentas y la calidad de la representación política. Para un sistema sin reelección legislativa

en periodos consecutivos como el mexicano, por lo menos hasta 2015, operacionalizar una categoría como la rendición de cuentas, puede resultar complejo; una de las posibles alternativas es hacerlo a través de los viajes de los diputados a sus distritos de procedencia, el tipo de proyectos que presenta en el pleno, o bien si otro candidato de su propio partido es elegido en el proceso subsecuente, aunque ello no implique directamente una aprobación de la gestión de ese representante en específico, y si más bien afinidad ideológica de los ciudadanos con dicho partido. En el caso de los países que cuentan con la posibilidad de reelección legislativa o presidencial, resultaría más fácil medirla si se considera esta como un indicador de satisfacción de los electores con sus representantes.

### **3. Comentarios Finales**

Como se puede apreciar en las páginas anteriores, el estudio de la competitividad tiene implicaciones y aplicaciones más allá de la medición estadística que separa al primer y segundo lugar de una elección. Es una parte fundamental de las democracias contemporáneas, y debe ser un fenómeno político y electoral al que prestar suma atención en democracias recién constituidas como tales o en su proceso de consolidación.

Un arreglo institucional que promueve la competitividad está más cerca de generar condiciones políticas orientadas a la consolidación democrática que otro que no. Tan importante como la medición de esta, entonces, es el prestar atención a las circunstancias que la incentivan, que la inhiben, y los efectos que esta genera en el sistema político y electoral.

Subsiste un problema inherente al fenómeno mismo, que tiene que ver con su medición. Está aceptado como un consenso implícito que el margen de victoria es una medida necesaria cuando se quiere reflejar el grado de competitividad de una elección. Sin embargo, este indicador difícilmente puede mostrar por sí sólo todas las dimensiones de esta.

Es necesario considerar un número de indicadores complementarios entre sí, y que puedan aplicarse al contexto específico que se quiere estudiar, desde el tipo de elección (presidencial, legislativa, nacional, estatal, etcétera) hasta el diseño institucional del sistema electoral (tipo de distritos, de circunscripciones, composición del sistema de partidos, el sistema de elección mismo, y el marco normativo vigente, la presencia o no de cuotas de género), incluyendo los datos coyunturales de cada elección (si se aplicaron reformas en los años previos, si se llevó



a cabo una redistribución, si se da un tipo de elección concurrente, si es una elección solamente legislativa o incluye al poder ejecutivo, etcétera).

Existe un abanico amplio de dimensiones del que, dependiendo del contexto y entramado institucional y legal, se puede echar mano para abordar la competitividad de una forma más profunda. Por ejemplo, la mencionada propuesta para medirla en los sistemas de representación proporcional puros o mixtos. Otro caso podría ser aquel en que se cuente con un sistema pluripartidista: el margen de victoria que sería muy útil en uno bipartidista, no considera al resto de contendientes, que si son tomados en cuenta por algunos de los índices expuestos.

Para el estudio de los procesos electorales en que la competitividad es reducida, sería importante considerar con mayor detenimiento el enfoque sobre las condiciones que promueven e inhiben la misma, y contrastar los resultados con las repercusiones que tienen en sus sistemas de partidos, electorales y políticos.

Lo reitero: es cierto que la competitividad en sí misma no generaría transformaciones radicales en favor de la consolidación democrática, pero también lo es que su ausencia mantiene o genera más vicios, como han demostrado algunos trabajos. Retomar con profundidad y visibilizar esta parte del juego democrático, en sus distintas dimensiones, debería ser una tarea que los estudios electorales consideren más a menudo.

Los trabajos abordados aquí no agotan en absoluta la gama y dimensiones posibles de análisis de este fenómeno, pero considero que logra demostrar las tres vertientes principales desde las que se ha considerado, y que puede abrir el interés para reflexionar y proponer, dentro de cualquiera de estas, nuevos caminos de abordarlo.

## Referencias:

Bravo Ahuja, María Marcela, (2011), “Elecciones 2009: tendencias y perspectivas en: Los estados en el 2009: lucha política y competencia electoral”; México: UNAM-AMCEE-IEEM.

Bravo Ahuja Ruíz, María Marcela (2010); “Realineamiento electoral y alternancia en el poder ejecutivo en México, 1988-2009”; México: Gernika, Universidad Nacional Autónoma de México / Facultad de Ciencias Políticas y Sociales; primera edición, 2010, 390 pp.

Blais, André (2008); A general measure of district competitiveness; en: Electoral Studies 28, pp. 94-100, Elsevier.

Campos, Gonzalo Santiago (2014); “Las candidaturas independientes en México”, en: Revista del Estado, número 33, julio-diciembre 2014, Universidad Externado de Colombia, Colombia, pp. 65-99.

De la Peña, Ricardo (2005). El número de autonomías y la competitividad electoral. En: Política y Cultura., Universidad Autónoma de México, México, n. 24, enero 2005, pp. 233-255.

Donno, Daniela (2013); Elections and Democratization in Authoritarian Regimes; en: American Journal of Political Science, Vol. 57, No. 3, pp. 703-716, Midwest Political Science Association..

Flanigan, William H. (1974); Measures of Electoral Competition; en: Political Methodology, Vol. 1, No. 4, pp. 31-60, Oxford University Press.

Forgette, Richard (2009); Do Redistricting Principles and Practices Affect U. S. State Legislative Electoral; en: State Politics & Policy Quarterly, Vol. 9, No. 2, pp. 151-175, Sage Publication.

Griffin, John (2006); Electoral Competition and Democratic Responsiveness A Defense of the Marginality; en: The Journal of Politics, Vol. 68, No. 4, pp. 911-921, The University of Chicago Press on behalf of the Southern Political Science Association.

Huckfeldt, Robert (2007); Information, Activation, and Electoral Competition in the 2002 Congressional Elections; The Journal of Politics, Vol. 69, No. 3, pp. 798-812, The University of Chicago Press on behalf of the Southern Political Science Association.

Hyde, Susan D. (2012); Which Elections Can Be Lost?; en: Political Analysis, Vol. 20, No. 2, pp. 191-210, Oxford University Press.

Jiménez Sánchez, Octavio (2004); “Competitividad Electoral, Redistribución y Gobiernos Divididos en el Estado de Morelos, 1976-2003” Tesis de Maestría en Estudios Sociales, Universidad Autónoma de México, Unidad Iztapalapa, 2004, 281 pp.

Kermit, Daniel (1997); Term Limits and Electoral Competitiveness; en: Public Choice, Vol. 90, No. 1/4, Constitutional Political Economy, pp. 165-184, Springer.

Koch, Jeffrey (1998); Electoral Competitiveness and the Voting Decision Evidence from the Pooled Senate; en: Political Behavior, Vol. 20, No. 4, pp. 295-311, Springer.

Malhotra, Neil (2008); The Impact of Public Financing on Electoral Competition Evidence from Arizona and Maine; en: State Politics & Policy Quarterly, Vol. 8, No. 3, pp. 263-281, Sage Publications.

Méndez, Irma (2003). Competencia y competitividad electoral: dos conceptos clave de la transición democrática en: Polis: Investigación y Análisis Sociopolítico y Psicosocial, vol. 1, núm. 3, 2003, pp. 27- 48 Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, Distrito Federal, México.

Méndez, Irma (2004) La transición mexicana a la democracia: competitividad electoral en México, 1977-1997 en: Perfiles Latinoamericanos, núm. 24, junio, 2004, pp. 43-65 Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Distrito Federal, México

Pérez Fernández del Castillo et. al. (compiladores), “Memoria histórica de la transición democrática en México: 1977-2007. Documentos básicos para entender el cambio político”, México: Cámara de Diputados/Senado de la República/ UNAM/ Porrúa, 2009.

Puente Romero, Génesis; “El cambio electoral. Competitividad y alternancia distrital en México 1997-2012”; Tesis de Licenciatura, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2014, 154 pp.

Reynoso, Diego (2011). Aprendiendo a competir: Alianzas electorales y margen de victoria en los estados mexicanos, 1988-2006. En: Política y Gobierno, México, v. 18, n. 1, pp. 3-38, enero 2011

Reyes del Campillo Lona, Juan (2013); “Nacionalización del sistema partidario mexicano”; en: Andamios, vol. 10, no. 23, pp. 31-47, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, México.

Rogowski, John (2014); Electoral Choice, Ideological Conflict, and Political Participation; American Journal of Political Science, Vol. 58, No. 2, pp. 479-494, Midwest Political Science Association.

Sánchez Ramos, Miguel Ángel (2007); “Competitividad electoral en el Estado de México 1990-2006, factores que intervienen en su explicación”, en: Espacios Públicos, vol. 10, núm. 19, agosto, 2007, pp. 62-81, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, México.

Sánchez Ramos, Miguel Ángel (2006). Niveles de competitividad electoral, el caso de los estados de México y Morelos en: Espacios Públicos, vol. 9, núm. 17, febrero, 2006, pp. 58-103 Universidad Autónoma del Estado de México Toluca, México

Sartori, Giovanni (1976), *“Partidos y sistemas de partido. Marco para un análisis”* España: Alianza Universidad, 454pp.

Sartori, Giovanni; (1997) *“¿Qué es la democracia?”* México: Editorial patria, segunda edición, 1997, 342 pp.

Svolik, Milan W. (2013); *Learning to Love Democracy Electoral Accountability and the Success of Democracy*; American Journal of Political Science, Vol. 57, No. 3, pp. 685-702, Midwest Political Science Association.

Thomas, Melanee (2012); *Sacrificial lambs, women candidates, and district competitiveness in Canada*; en: Electoral Studies 32, pp. 153-166, Elsevier.

Valdés Zurita, Leonardo (1995). *El sistema de partidos en México: las dimensiones de la competitividad electoral* en: Política y Cultura, núm. 5, otoño, 1995, pp. 29-41 Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco Distrito Federal, México.

Vowles, Jack (2010); *Electoral System Change, Generations, Competitiveness and Turnout in New Zealand, 1963-2005*; en: British Journal of Political Science, Vol. 40, No. 4, pp. 875-895, Cambridge University Press.